

LA TRANSICIÓN SEGÚN VICTORIA PREGO

Victoria Prego

Periodista

BUENAS tardes a todos, y muchas gracias a Francisco Oltra y Agustín Remesal por vuestra muy cálida acogida y por vuestros elogios.

Si no les parece mal voy a hacer un pequeño esbozo de cómo hicimos aquel trabajo y luego, si les parece bien, hago un segundo esbozo de lo que fue el proceso político. Un pequeño análisis de lo que fue el proceso político que hemos vivido y que yo creo que, además de ser ilustrativo, es muy reconfortante, porque a mí me ha permitido concluir que los españoles somos capaces de sobrevivir en circunstancias deplorables; somos menos capaces de sobrevivir a circunstancias de normalidad. Es lo que yo veo, pero desde luego cuando la situación es arriesgada, aquí se hacen unos ejercicios de sabiduría y de serenidad que a mí me admiran. Luego ya, cuando entramos en la normalidad, nos volvemos bastante más torpes, parece...

El trabajo consistió, efectivamente, en más de cinco años, casi seis, como de investigación arqueológica realmente. El director de la serie –que es Elias Andrés– es realmente el autor de esta serie, aunque como yo soy más conocida, la amortizo yo y todo el mundo dice que es mía. No es mía, no es mía... Yo soy la subdirectora y, además, les explico: El valor de esta serie está justamente en encontrar las imágenes que estaban perdidas y los sonidos que también estaban perdidos. Es decir, un tramo muy reciente y completamente determinante de la historia de España, el que explica que vivamos en libertad y en democracia, aunque tengamos conflictos, pero el que explica nuestra forma de vida en libertad. Ese tramo de la historia, que había sido grabado y que existía y constaba en los documentos gráficos audiovisuales, se había perdido. Esto es una realidad, no les estoy exagerando ni un “pelín”.

Hubo que buscar en todo el mundo, en las televisiones extranjeras. Hay que agradecer a los alemanes, por ejemplo, que les hayamos interesado tanto en ese período, porque les aseguro que Alemania nos ha proporcionado una parte importantísima de nuestras imágenes y nuestros sonidos. Luego hubo

que buscar en archivos privados, en el archivo del Partido Comunista, porque el Partido Comunista tenía una cualidad y es que filmaba todo, absolutamente todo. Y entonces hemos podido reconstruir una historia de la oposición de izquierdas que naturalmente la televisión oficial no filmaba en aquella época, no estaban para menesteres. Y luego hubo que dar sentido a aquellos fragmentos. Y ése era, sobre todo, el trabajo del director, porque yo me dedicaba a otra cosa que ahora mismo les cuento.

Era como si él se encontrara un jarrón roto en mil pedazos; se encontraba en la televisión de la ZDF 30 segundos de un momento histórico determinante; en la italiana, 15 segundos; en los fondos de televisión, 3 segundos, sin sonido. Entonces buscaba en Radio Nacional un sonido. Como sabíamos cómo había sucedido y cómo era la cosa, mirábamos... Esta secuencia fue así..., porque teníamos textos. Yo había hablado con gente y tal... Era así... Bien... Entonces ya tiene un sentido.

Yo me alegro muchísimo de haberlo hecho, primero porque he aprendido mucho y segundo porque la aprecio enormemente. Había una chica en televisión, que debía de ser familia de sordomudos, y la llamábamos mucho, porque claro, en aquellas secuencias que estaban reconstruidas ya, alguien movía los labios y decía algo, pero nosotros teníamos un sonido que procedía de otro sitio... y dice... y está diciendo... Y entonces buscábamos... ¡plash!... y lo colocábamos. Ya teníamos el momento histórico reconstruido. Y así una vez tras otra, tras otra, tras otra. De tal manera que fue un trabajo largo y minucioso que nos exigía, primero, un gran conocimiento previo, vamos, un gran... un suficiente conocimiento previo de los hechos y una cierta proximidad sentimental del momento para darle el tono emocional que nosotros creíamos saber que tuvo la circunstancia de la que nos ocupábamos. Eso tiene que ver con el montaje y también con el texto, pero fundamentalmente con el “tempo” dramático de un montaje determinado.

Lo que nosotros intentamos era, una vez que nos habíamos o creíamos habernos empapado de lo que fue ese “cada momento”, no sólo el global, sino “cada momento” de la historia de España y del sentimiento con el que se vivía eso, escuchando a los protagonistas, leyendo libros, recurriendo a la prensa, editoriales, oliendo un poco el ambiente de la época. Entonces había que hacer un montaje que tuviera un “tempo” dramático determinado, es decir, que fuera “neutro”, o que fuera “angustioso”, o que fuera alegre, o que fuera ilusionado, o que fuera tal. Y así fue Elías Andrés –que es el director– haciendo ese montaje y yo, con mis textos, ajustando las palabras a los momentos precisos en que...

Esto es un poco complicado de explicar pero, por ejemplo, un ejemplo que os puedo poner, un capítulo que no me acuerdo cuál es... Empieza con la llegada de D. Claudio Sánchez Albornoz (que fue Presidente de la República, en el exilio y tal) a España y venía después de 40 años. Entonces nosotros teníamos la llegada, que no sé de qué televisión era, de los ingleses..., y unas

palabras que las habíamos encontrado no sé dónde. Entonces, ¿cómo hacíamos? Pues poníamos –porque era un momento emocionante, venía después de 40 años, era la historia de la República, volvía a España porque ya se podía vivir aquí, todavía no habían sido las elecciones, pero él daba una caución histórica y democrática a un proceso que estaba todavía en ciernes, era un momento muy preciso ¿no?–, entonces le pusimos una Internacional, de piano, muy suavcita (ta, ta, ta), no marchosa, sino más bien melancólica, y recogimos aquellas palabras, mientras él bajaba por las escaleras, se le oía decir (que lo decía inmediatamente después, pero no teníamos la escena, pero recuperamos un poco la emoción), decía algo así como: “Dije que vendría llorando a España y llorando estoy, no traigo más que una palabra, Paz”. Bueno era tan bonito aquello. Y luego decía: “Pongamos la mano en la mano del adversario y hablemos del futuro, de unas Cortes nuevas para hacer un país nuevo y basta”, terminaba diciendo “y basta”. Entonces, cuando decía “y basta”, tenía que volver la cabeza, porque hay un momento en que volvía la cabeza y la cámara le cogía la cara; entonces ajustábamos de tal manera que, mientras bajaba, iba diciendo “Dije que vendría llorando y llorando estoy, no traigo más que una palabra”.

Bueno, pues esa es la historia y luego yo ya iba colocando los textos, pues con un conocimiento más o menos o bastante aproximado, y después de celebrar largas discusiones sobre qué es lo que se parecía más a la verdad, no visto desde hoy, que era una trampa en la que podíamos caer, terrible, sino visto desde entonces, que no es lo mismo. Es decir, es distinto un proceso visto desde hoy que visto desde el momento. Entonces, largas discusiones sobre ¿pero qué se parece más a lo que entonces se vivía? Pues a lo mejor, dos días, para yo decir en lugar de “neutro”... “indiferente”, o en lugar de “indiferente”... En fin, ése ha sido el trabajo. Yo me alegro muchísimo de haberlo hecho, he aprendido una barbaridad y creo que hay una tarea que los pueblos no deben abandonar, sobre todo en el siglo XXI casi que estamos, que es la recuperación de su propia historia. A mí me hubiera parecido sumamente doloroso, primero, que esas imágenes se hubieran perdido definitivamente, porque les diré que había... yo no, pero el director, con una especie de guardapolvo y unas botas de agua, se iba a un almacén, donde estaban arrumbadas las latas con cintas y en una ventana iba mirando al trasluz para ver lo que había y así iba recuperando las imágenes.

Yo me alegro de haber hecho esa recuperación de la historia de España porque nos ha permitido saber de dónde venimos y, desde luego, nos ha permitido saber que venimos de hacer un enorme esfuerzo y que esto que tenemos, que tiene miles de defectos, no ha llegado gratis, no ha caído en paracaídas, ni muchísimo menos. Nos ha costado Dios y ayuda, y hemos aguantado “carros y carretas” para alcanzar una cosa tan sencilla, que es la que tienen los europeos, que es la libertad y la democracia, y la posibilidad de expresarnos. Y, sobre todo, alcanzarlo en paz, que era probablemente el gran fantasma. Y, ahora les explico por encima, el gran fantasma que, en mi opinión, ha determi-

nado un comportamiento el pueblo español. Pero, en fin, éste ha sido nuestro trabajo. Yo he aprendido muchísimo, tengo que decir que yo, de la Transición, no sabía nada más que mi propia historia. Y mi propia historia no es nada, y he aprendido muchísimas cosas que ahora les explico muy por encima, que es lo siguiente...

Bueno, pues he escrito ese libro que, efectivamente es muy grande, porque naturalmente las cosas que yo tenía en la cabeza eran muchas más que las que me cabían en la serie y, cada vez que grababa un guión, me decía el director –tocaba así un botón, porque yo estaba en la cabina, con mis cascos– y decía ¿por qué no escribes un libro? Porque yo hacía unos guiones muy largos y no cabían en el programa. Y entonces escribí este libro donde están todas las cosas que los personajes cuentan y que no caben en televisión, porque en televisión las entrevistas duran 9 segundos, 11 segundos, 20 segundos, no más, y no puedes entrar al detalle. Yo lo tenía en mis libretas y en el libro sí han cabido. No todo lo que yo tengo, pero desde luego muchas cosas, y ahí se explican pues muchos matices, muchas vivencias personales, y ellos hablan con una gran sinceridad, cosa que es muy de agradecer.

El otro día me preguntaba Feliciano Cid Fidalgo si es que de repente se habían vuelto todos sinceros, y yo le expliqué que era muy fácil. Primero, algunos eran sinceros porque lo eran y, en segundo lugar, eran sinceros porque yo sabía lo que tenían que decirme. Es decir, era imposible, era muy evidente que no me podían engañar, y entonces no me engañaban, no lo intentaban y yo se lo he agradecido en el alma, porque a fuerza de intentar, de no intentar engañarte y de ser sinceros, la conversación llega a adquirir un tono que tiene un enorme valor, porque ahí están hablando a “calzón quitado”... y eso tiene un valor político e histórico enorme, aparte de humano, ¿no?

Bien, pues ésta es mi experiencia con el trabajo que, yo insisto, me alegro muchísimo de haber hecho, aunque me haya retirado efectivamente seis años de lo que yo llamo hacer el “buenas noches”, que es hacer programas en directo, pero realmente he aprendido y me ha fascinado la historia de España.

Lo primero que yo vi, en mi opinión, es que la historia de la Transición es una buena historia. No es la historia de un error, ni es la historia de un fracaso, ni es la historia de una traición ni de una trampa. Digo esto porque ahora se ha puesto de moda decir que la Transición es una equivocación monumental y que todo lo que nos pasa es porque cerramos mal la Transición. De eso nada, de eso nada... La Transición se hizo muy bien. Otra cosa es que se haya gestionado mal el presente. Ese es otro asunto. Pero no hay que buscar en el pasado los errores que nos afectan en el presente, y ya explicaré por qué la transición no es un error y no se cerró mal, y por qué no se podía cerrar como algunos proponen que debía haberse cerrado.

Pero, en fin, en mi opinión, cuando comienza la transición es dos años antes de que muera Franco. Es justamente cuando se produce el atentado a Carrero Blanco. Y no tanto porque la muerte de Carrero Blanco haya sido un

golpe político importante, es decir, porque el personaje de Carrero Blanco, realmente su falta, determinara la falta de futuro del franquismo. Eso no es verdad. Carrero Blanco, primero, no pertenecía a familia política ninguna, tenía pocos apoyos, era un hombre muy leal a Franco, pero era un hombre solo, casi; era un marino, pero no era de familia; era próximo al Opus, pero no era del Opus exactamente; no era un tecnócrata, era mucho más reaccionario que un tecnócrata. En fin, era un hombre bastante solitario. Pero tiene una cosa la muerte de Carrero Blanco y es que supone un golpe psicológico brutal para el franquismo. Nunca hasta entonces el sistema había considerado que sus líderes, primero, estuvieran en peligro y, en segundo lugar, fueran a morir. Desde luego, la idea de que Carrero pudo ser asesinado con esa asombrosa y, yo diría, inquietante facilidad, puso dos cosas sobre la mesa: una, que el sistema no era todopoderoso y, dos, que Franco estaba muy viejo.

Son dos cosas importantísimas que tienen una traducción no fáctica, sí psicológica, sí sentimental, que permite, en mi opinión, dos cuestiones: una, que los jóvenes franquistas, que eran los reformistas, Martín Villa, Enrique Sánchez de León, Gabriel Cisneros... este tipo de hombres, al estamparse el futuro con esa contundencia delante de los ojos, los jóvenes reformistas cobrarán alas. Cobraron alas, se dieron cuenta de que el futuro estaba muy próximo y que había que trabajar para él. Y los inmovilistas se enrocaron de una manera extraordinaria, también se dieron cuenta de que el futuro estaba próximo y quisieron que el futuro pasara por sus manos, de tal manera que en el franquismo se produce, recién muerto Carrero... bueno... la sustitución de Carrero... fue... bueno... una batalla a "bayoneta calada", ¡vamos!, una batalla, pero a "bayoneta calada".

En la serie se cuenta, y en el libro se cuenta de una manera mucho más determinante, fue una batalla de segundos. Es decir, era otro el Presidente de Gobierno. No iba a ser Carlos Arias, iba a ser Nieto Antúnez, porque a Franco le gustaba. Pasó la noche Franco sin dormir, llorando, Doña Carmen presionando, el equipo de alrededor que no quería de ninguna manera a Nieto Antúnez porque decían que "hacía a mozas", que hacía negocios también, pero, en fin, que también señoras, aunque no creo que estaba en edad, porque tenía setenta y tantos años, pero a lo mejor lo hizo en su tiempo y no se lo perdonaron. Bueno, el caso es que no les gustaba un pelo.

Y, en el último segundo, subiendo Nieto Antúnez por las escaleras de El Pardo para recibir de Franco (a "Pedrolo", que era como le llamaba Franco)... "Quiero que seas el Presidente del Gobierno". En ese momento entra un ayudante donde se encontraba Franco, que estaba, hombre, traumatizado por la muerte de Carrero, y allí mismo le dice este señor... es un granuja y un sinvergüenza y, esto es una ruina para España y esto no puede ser, Excelencia, y... y bueno, y ¿quién?... y ¿quién?... Pues... Carlos Arias. Y entra Nieto Antúnez al despacho de Franco, entra a darle las gracias y a decirle que es un honor y que él por España lo que sea, y todo por España. Y le dicen que muchas gracias y que ha sido un placer. Y se marcha... Y se marcha y se queda

completamente descompuesto. Bueno esto es una anécdota pero, en fin, allí luego entra Rodríguez de Valcárcel y le dicen que Arias. Y allí mismo Nieto Antúnez llama a Arias. Y Arias lo cuenta, y lo explica en mi libro, y dice, ¡no puede ser!, ¡no puede ser!, ¡que Dios me ampare! Esta es la historia del nombramiento.

Bien, a partir de ese instante, esta lucha de palacio de último instante, es un síntoma, no sólo una anécdota. Es un síntoma de cómo resulta extraordinariamente importante a partir de ese instante saber quién es el Presidente del Gobierno. Porque se trata de controlar el futuro o de influir en él. Porque los reformistas no aspiran a controlarlo, porque son muchos, pero no tienen poder. Los más continuistas o los ortodoxos tienen el poder, pero no tienen edad. Esta es la batalla. Entonces, este nombramiento de Presidente de Gobierno tiene una importancia capital.

A partir de ahí se abre una batalla muy difícil dentro del Régimen. La oposición en ese momento pinta muy poco dentro del Régimen, pinta en la sociedad, pero no en la batalla del Régimen. El Régimen en ese momento no se ocupa de la oposición, se ocupa de sí mismo y la batalla se produce entre los franquistas ortodoxos e inmovilistas y los reformistas; batalla que gana una y otra vez, sistemáticamente, el inmovilismo; es decir, no es una batalla en la que los jóvenes vayan cogiendo terreno. No, no, no... Esta es una batalla que los inmovilistas o los ortodoxos van ganando sistemáticamente porque tienen –como diría Pío Cabanillas– la posibilidad de –en frase de Pío Cabanillas muy típica–, de la “explotación informativa de la lealtad”, que quiere decir que tienen la cercanía a Franco, han hecho la guerra con Franco, tienen autoridad moral con Franco y explotan informativamente la lealtad a Franco y, cuando dicen “éste es un granuja”, Franco lo considera. Los ortodoxos tienen ese acceso al Pardo y a Franco. Los reformistas no tienen ese acceso, pero son más y, sobre todo, son jóvenes. El tiempo va a favor de ellos pero, sistemáticamente, van perdiendo todas sus batallas. Pierden la batalla de la presidencia, Torcuato... no es Presidente de Gobierno. Pierden la batalla de las asociaciones. Es decir, van perdiendo todo, y se produce entonces un fenómeno singular que también evidencia el grado de sabiduría del pueblo español.

La derrota del aperturismo en el franquismo es la derrota de las posibilidades futuras del franquismo al mismo tiempo. Es decir, la victoria del franquismo ortodoxo es su derrota política. Porque sucede una cosa, el reformismo tenía unos propósitos, en mi opinión, más discretos que lo que luego sucedió, es decir, los reformistas querían un sistema más europeo pero, en fin, no estaba formulada la democracia en unos términos muy precisos.

Yo le decía a un señor muy importante de este país –antes más importante que ahora, pero en fin muy importante–, que es asturiano, cuando yo estaba haciendo la serie... dije yo no sé si llamarla –mi madre es asturiana–, esto debía llamarse, además “mirai lo que ficimos”, y me dijo habría que llamarlo “mirai cómo que salió”... Bueno, pues eso. No era un proyecto dibujado. Ahí en el

libro, Felipe González lo explica y Santiago Carrillo también, y Adolfo Suárez me lo dijo en la “tele” el otro día. No estaba previsto como fue. Había unos proyectos más o menos nebulosos, de una apertura hacia la democracia.

Bueno, los reformistas es que son derrotados en toda la línea, todo el tiempo, es decir, no levantan cabeza. Pero se produce una cuestión notable, y es que entonces la población española, que se llamaba –ustedes se acordarán de aquello– “la mayoría silenciosa”, la población española modifica el tiro. No es una población, en mi opinión –puede que me equivoque–, no es una población antifranquista, a mí me lo han dicho, en el libro está, en la “serie” está también. La oposición era muy escasa y su poder débil. Luego había la llamada “mayoría silenciosa”, que era una mayoría aparentemente apolítica. Yo diría que no era apolítica, yo creo que era más bien indiferente, creo que era más bien neutra, era una sociedad dispuesta a abrirse a las libertades europeas sin agitación, sin problemas, sin muerte, sin sangre y sin que hubiera aquí graves cambios en la estructura social.

Era una estructura social que había cambiado extraordinariamente en el tiempo de Franco y que había, efectivamente, generado unas clases medias enormes, enormes, con un... digamos... un abanico alto, es decir, de media-baja, media-media y media-alta. Era casi toda España, y esa es una sociedad conservadora en lo material y políticamente más liberal porque tienen ya unos hijos, pues, probablemente más laicos, una generación universitaria que se opone constantemente a la generación anterior, contestataria y tal... De manera que se estructura una sociedad mucho más flexible y más liberal que la estructura política que sobrevive todavía. Es decir, que digamos que España, en los dos últimos años del franquismo, en mi opinión, tiene una sociedad mucho más moderna que la estructura que la gobierna, que la estructura política que la gobierna.

Cuando el franquismo ortodoxo vence... Y en la ley de asociaciones, que fue una batalla eterna y que, bueno, aquello fue el “non plus ultra”, hubo cinco borradores, bueno... al final, Franco decide que las asociaciones tienen que ser todas dentro del Movimiento, y entonces se apuntan los “proveeristas” de Maisonave, Falange Auténtica, los Tradicionalistas, la Hermandad del Maestrazgo. Y este modelo, entonces, claro, no da para más. Quiere Arias que se apunte Fraga. Y Fraga dice que muy bien, pero que su proyecto incluye un “sufragio universal” y unas Cortes elegidas y unos sindicatos libres. Y le dicen que eso es demasiado. Y Fraga no se apunta.

Eso es un grave golpe para las asociaciones. ¿Qué pasa con esa ley de asociaciones? Que ya se comprende que los franquistas ortodoxos no dan un paso más y la mayoría silenciosa, que es una mayoría completamente libre de opinar en su casa, es decir, no controlada, no es una..., como ahora que hay sondeos y se vota y se sabe qué opinan... que perdemos... entonces modificamos. No, la mayoría silenciosa era de verdad silenciosa. Eso significa una cosa, que cambia de opinión sin que nadie se entere y sin que nadie lo pueda evitar, porque

como nadie le ha preguntado, se produce un movimiento suave, pero sistemático, de una población española y eso se demuestra un año más tarde, ¡vamos!, y ahora diré por qué, cuando la sociedad española, esa clase media que el franquismo había construido se aleja de esa fórmula de sistema político que era la que el franquismo ortodoxo había ganado.

No se lo que hubiera sucedido si hubieran ganado la batalla, lo ignoro por completo y los futuribles no me gustan. Lo que sí sé es que la victoria de los ortodoxos del franquismo genera el alejamiento real de la sociedad española. No es esa fórmula. La ley de asociación es todo dentro del Movimiento, y ni una más, y todo lo demás fuera de la ley. Ésta no es la fórmula que los españoles quieren ya en el año 74. Esto se produce en diciembre del 74. Entonces, efectivamente, los ortodoxos ganan la batalla y la pierden porque en el momento en que muere Franco aparecen los reformistas, el primer gobierno de la monarquía, y se produce el primer toque de lo que opina “la mayoría silenciosa” ésta. Y se produce en el año 76 –muere Franco en el 75– hay un primer gobierno, del que puedo hablar ahora si ustedes quieren, pero por otros motivos, es decir por los sucesos terribles que se producen en nuestro país, que son muchísimos, pero se plantea a los españoles a la vuelta del verano, en septiembre. El 10 de septiembre presenta Adolfo Suárez un proyecto de Ley para la Reforma Política que es muy sencillo y que no es más que una llave para que unas Cortes hagan la Reforma, pero que tienen la base de sufragio universal, reconoce la soberanía popular y tiene una serie de principios que son la base de un estado liberal y democrático.

Bien, ese proyecto para la Ley de Reforma Política cuenta con la petición de abstención por parte de la oposición de izquierdas, no es que estuvieran defendiendo con entusiasmo la abstención, pero oficialmente defendían la abstención. No fue una campaña de decir “vamos a la abstención” pero en fin...

Contó con la oposición rotunda del franquismo ortodoxo, que bajo el lema “Franco hubiera votado no”, quieren que el proyecto de Ley de Reforma no sea aprobado ni en las Cámaras, ni por supuesto en referéndum, que era la gran piedra de toque. Bueno, pues la mayoría silenciosa no hace caso absolutamente de nadie y un noventa y tantos por ciento de esa mayoría silenciosa que no se movía, que no quería líos, que no milita en la oposición de izquierdas (porque la oposición de izquierdas se abstiene, obtiene un 22 % de abstención, la oposición a la tesis; a eso hay que añadir la abstención de siempre, las que no van porque no van, pero en fin un 22 % para no hacer cálculos estrechos)... El 2 % es el “Franco hubiera votado que no”, es decir el franquismo ortodoxo. Ahí se mide. Por eso yo lo digo con fundamento, el franquismo ortodoxo, que había ganado todas las batallas palaciegas y se había alzado con la bandera realmente en la gestión política de alto nivel, llegado el momento de contrastar, se encuentra con que tiene un 2 %. No, eso no es lo que los españoles quieren. Por eso yo he dicho, y sostengo, que en este período, los últimos años, la sociedad española da la espalda a esa fórmula de gobierno para el futuro. En

cambio, si apoya las tesis reformistas que habían sido derrotadas todo el tiempo y en toda la línea, pero que recuperan el aliento político y el respaldo cuando los españoles van a votar y, en un noventa y tantos por ciento respaldan ese proyecto de ley. Insisto que no estaba dibujado, pero que daba una vía que estaba clarísima. Aquello era los fundamentos de un estado liberal y democrático. No hay ninguna duda, eso es lo que apoya, y luego la abstención de la oposición de izquierda que obtiene un 22 %, pero es una abstención. Tampoco, la oposición dice que no.

Bien, éste es un poco el esquema de los últimos años del franquismo y un poco mi idea de por qué la transición política es obra del pueblo español, porque naturalmente ese referéndum es capital, como lo son las elecciones del 77, pero ese referéndum es capital porque es la primera vez que, en condiciones bastante notables, no digo completas, pero bastante notables de libertad –es verdad que dice González que aquello tenía un poco de truco, pero poco, bueno... pues tiene razón, tenía un poco de truco pero poco–, eran bastante notables las condiciones de libertad de aquel referéndum, se pronuncia y se pronuncia de manera neta en una dirección determinada. Ya se sabe lo que quieren los españoles.

Estos son los españoles, los que determinan esa trayectoria que luego hemos seguido. Es verdad que los líderes políticos han sido suficientemente inteligentes todos, en todo el abanico... Porque éste es un período donde ha habido unas actuaciones realmente brillantes, donde todos los políticos han sido lo bastante inteligentes como para darse cuenta de lo que los españoles querían, lo cual era un mérito, no les vamos a quitar ningún mérito. No tenían más que un dato, el Referéndum para la Ley de la Reforma Política. Luego ellos tenían que poner la negociación, el talante, el propósito, la serenidad. Y lo pusieron, junto con el resto de los españoles. Pero es la primera vez que el pueblo se pronuncia libremente, se pronuncia una dirección muy precisa. Y desdeña la opción del franquismo ortodoxo del “Franco hubiera votado que no”. Y desdeña la abstención de la oposición de izquierdas. Así que es una mayoría silenciosa, listísima... pero listísima. Lo que pasa es que sosegada, no es gente que salga a la calle, no es gente que se haya manifestado. Es una mayoría que aguanta, esto sí, ya con todas las fuerzas políticas y sindicales, aguanta unos sabotajes de una envergadura completamente monumental. Porque la historia de la Transición es una historia durísima.

Yo no me di cuenta de hasta qué punto era duro lo que habíamos pasado hasta que no me puse a estudiarlo. Bueno, es brutal. La muerte de Carrero aquí produce un miedo tremendo. La muerte de Franco se produce en unas condiciones espeluznantes, no sólo por la muerte de él físicamente...

El otro día hice yo un programa para Antena 3, que es estremecedor. Es decir, cómo muere Franco, qué agonía tiene, cómo le operan, que le bajan de la habitación de El Pardo a un quirófano que lo habilitan allí, en el último momento, envuelto en una alfombra, sangrando por arriba, por abajo y por todas

partes, envuelto en una alfombra... porque no había la camilla por las escaleras. Y allí se produce una escena trágica y completamente española, pero completamente histórica, en mi opinión, que es que sacan a Franco desnudo, vomitando sangre, en aquella alfombra, por las escaleras y lo meten en una ambulancia porque el botiquín está a un kilómetro. Y a la salida, una fila del regimiento... de noche... de noche, que era cerrada porque era invierno... se cuadran, ¡ras!, taconazo y saludo militar. Y en una fila. Y por ahí, por esa fila pasa un Jefe del Estado del siglo xx, desnudo, envuelto en una alfombra. Es una escena de Goya, ¿no? Bueno, pues esto es España. Es decir, esto es así, esto es así...

Bueno, pues se pasa eso. Y en ese momento está la crisis del Sáhara, estamos a punto de entrar en guerra –hubiera sido una tragedia la guerra del Sáhara–, Hassan II nos pone literalmente la daga... aquí, mientras Franco agoniza. El Príncipe..., políticamente no se espera de él absolutamente nada, más que sea el Jefe del Estado y que se ponga allí, expuesto como San Tarsicio y absolutamente nada más.

Es una situación de una incertidumbre política brutal y se aguanta perfectamente. En los tiempos de la agonía de Franco, en este país no se mueve ni una mosca. Es decir, los sindicatos, con una gran sensatez, quietos; los partidos políticos, quietos; Santiago Carrillo, que tenía previsto hacer una huelga general a la muerte de Franco, la desconvoca –me consta–, estaban los de Radio España Independiente, se llamaba lo de Mendezzona allí... y huelga y tal... nada... huelga... nada, ni huelga, ni nada. Silencio total. Es decir, que ya desde entonces se aguanta. Pero empieza el primer gobierno de la Monarquía y aquí se producen cosas tremendas. Hay atentados de la ETA salvajes, que empieza a matar con una intensidad creciente, creciente. La izquierda había pensado que la ETA existía porque existía Franco. Luego nos fuimos dando cuenta de que, con la democracia, ETA era todavía peor, ¿no? La extrema derecha hace atentados en el País Vasco “a mogollón”, sin detenciones. Atentados contra librerías, contra cines. Se produce la matanza de Vitoria, que es un conflicto sindical muy mal resuelto, donde mueren cuatro personas, y aquello puede ser un explosivo porque el Capitán General Padilla, el Capitán General de Burgos, quiere sacar los tanques a la calle en Vitoria. El Gobierno sigue diciendo que no. Es decir que las hemos pasado muy malas, muy malas, muy malas. Y hemos salido adelante. Porque la población española no ha movido un pelo, no se ha movido. Es decir, en los momentos más brutales no se ha movido. Pero no ha cambiado de opinión.

Hay un período de la historia de España que va desde que Suárez presenta la Ley para la Reforma Política y viene el Referéndum, que es de diciembre a febrero, de diciembre del 76 a febrero del 77, que aquí pasa de todo, pero de todo, ¡eh!, de lo peor, de lo peor. Y la gente no cambia de opinión, esto es lo asombroso, fijense:

Presenta Suárez la Ley para la Reforma Política... que irrita extraordinari-

amente a los militares ultras, que irrita extraordinariamente al franquismo. Es un gobierno que no tiene el respaldo de los votos, no tiene nada más que el nombramiento del Rey, que es como no tener nada, porque el Rey entonces se estaba ganando el prestigio también. Es decir, no tiene nada y sucede que presenta la ley; que dimite el Vicepresidente para la Defensa porque iban a legalizar los sindicatos; que Felipe González y el PSOE organizan un congreso, el XXVII Congreso en Madrid, protegido por la policía, no “vigilado”, sino protegido por la policía, con gran indignación del franquismo, naturalmente; que Santiago Carrillo da una rueda de prensa clandestina, o sea, el líder del Partido Comunista, lo nunca visto en España, da una rueda de prensa clandestina en Madrid, que le detienen; que secuestran al Presidente de Consejo de Estado y al Presidente del Tribunal de Justicia Militar, que son, bueno... Oriol era, pues, de una familia importantísima de los ultras y el Consejo Superior de Justicia Militar era la cúpula del ejército, era lo más granado, secuestrados por el terrorismo del GRAPO; que detienen a Santiago Carrillo, que sueltan a Santiago Carrillo, que lo ponen en la calle. Bueno, Rosón, el Gobernador Civil, le dijo a Carrillo “no duerma usted en su casa” o “no duermas”, no sé si lo trataría de usted (supongo que de usted), “no duerma usted en su casa”. Pero dice... “si ya me han soltado”..., dice “si no lo digo por eso, es que nosotros... tiene usted vigilancia en el portal y si entra un grupo a matarles les van a detener. Pero si entran dos, disfrazados de oficiales, estos señores se van a cuadrar y a usted se lo ‘cepillan’. Por favor, no duerma usted en su casa”... Y durante meses no durmió en su casa.

A continuación se produce el asesinato de varios estudiantes, unos por la ultra derecha; el asesinato de no sé cuántos guardias civiles, sí... de tres, y de dos policías por parte del GRAPO. Bueno, una cosa brutal. Que el país podía, verdaderamente, saltar hecho añicos. Bueno, si se repasan las hemerotecas se ve primero que la población no hizo un ruido, es decir, todo el mundo estaba serenamente aguantando el tirón, que era un tirón de los que yo creo que no se han pasado en Europa. No se han pasado, no se han pasado.

El Partido Comunista hace un entierro de sus abogados en el silencio más absoluto. Ahí acuden las fuerzas políticas. Los militares aguantan los secuestros y los asesinatos, se quedan en los cuarteles. Y salimos adelante. Después se legaliza el Partido Comunista. Se vuelve a organizar aquí un zafarrancho monumental, porque era el gran enemigo de los militares (me lo contaban el otro día Gutiérrez Mellado e Ibáñez Freirede, que son dos generales que todavía viven: “Tenga usted en cuenta que para nosotros los comunistas eran el enemigo de la guerra y eso no se había quitado todavía”). Bueno, pues hubo palabras mayores, hubo una reunión del Consejo Superior del Ejército, pero no salieron de los cuarteles, esta es la pura realidad. Y así llegamos a las elecciones de 1977, donde se ejerce el voto libre y donde los españoles una vez más, esa mayoría silenciosa, votan exactamente la moderación. Votan UCD, que es el partido del Gobierno..., votan a la izquierda, al PSOE, un partido con cierta representación, y carecen de representación parlamentaria los ex-

tremos, ni la extrema derecha, ni la extrema izquierda tiene representación parlamentaria, en esas primeras elecciones ni en las segundas elecciones.

Esto es posible, probablemente, porque había la memoria de la Guerra Civil y en todas las familias habían muertos, de un lado y de otro. Porque esta generación, que es la mía, eran hijos de los que hicieron la guerra y también habían vivido el trauma, y ese desgarró, y porque ese trauma había hecho posible, en mi opinión –igual me equivoco–, que los españoles no perdiéramos la memoria.

A mí me ha parecido que conservar la memoria de lo que fue el gran trauma del siglo xx en nuestro país, que fue la Guerra Civil, conservar esa memoria nos ha permitido salir adelante de una manera que yo calificaría de brillante. Por eso me parecía tan malo que perdiéramos la memoria inmediata, tan malo porque a ver si nos creíamos luego que “esto” nos había caído del cielo y volvíamos a las andadas. Por eso me parecía tan bueno que supiéramos de dónde veníamos.

Y bueno, yo como hablo mucho, casi no voy a hablar más. Me queda por hablarles de otras cosas, pero, bueno, lo vamos hablando mientras ustedes, casi les doy a ustedes la palabra y abrimos una “charleta”...